

LA LEJANIA

Los barcos mercantes alzan su arboladura gótica contra el bosque de grúas y chimeneas, a cuyo pie los cargadores y estibadores hormiguan entre fustes de sacos, cajas de pino, raíces de sogas y alambres.

Nubes de ceniza cierran el cielo hacia el noroeste, emborronando la cima del Canecogorta, deshilachándose por entre las quiebras del Pagasarri. El plano de las siete calles se extiende descolorido y resquebrajado; la fuente de Carlos III aclara el dédalo de cantones y tabernas que alternan con beatas confiterías y olorosas sacristías.

El abra, a catorce kilómetros, se restriega las manos contra el rompeolas y, desde el molino de Punta Galea, el vagamundo otea la lejanía, tras la que el mundo abre sus ciudades de espejos y sus islas de verdor recién escrito.

